

*Dedicatoria.*

*Al Señor D. Rafael Iglesias.*

*Presidente constitucional de la República de Costa-Rica, como un tributo de admiración á este heróico pueblo.*

*El autor.*

**Señor Presidente:**

*Al dar á luz este pequeño bosquejo de la guerra de Centro América, me he permitido colocarlo bajo vuestros generosos auspicios, como que sois el representante más caracterizado de las ideas de humanidad, justicia y patriotismo que informaron aquel movimiento redentor; siendo de ello, entre otras, relevante prueba, el empeño con que os habéis propuesto, como Primer Magistrado de la República, pagar en algo, la inmensa deuda de la gratitud nacional, inaugurando un monumento que eternizando su memoria, será también timbre de legítimo orgullo para vuestro gobierno.*

*Dignaos, Señor Presidente, acoger con benevolencia este humilde trabajo, que es el óbolo de mi admiración en la solemne festividad que se prepara, y aceptar las expresiones de alta consideración y respeto con que tengo el honor de suscribirme*

*Muy att<sup>o</sup> y S. S.*

*Francisco Rodríguez C.*

**AL Sr. DON RAFAEL IGLESIAS,  
Presidente Constitucional de la República de Costa Rica.**

San José, Septiembre de 1895.



---

# GLORIAS DE COSTA RICA.

---

## INTRODUCCION.

La sociedad de Costa Rica se prepara para festejar con toda la solemnidad que semejante acontecimiento merece, el aniversario de sus victorias sobre la expedición filibustera de Walker, y en estas circunstancias hemos creído oportuno refrezcar la memoria del patriotismo, haciendo á grandes rasgos el cuadro de aquella epopeya inmortal, cuyos fulgores se apagan ya en la lejanía de los tiempos, y cuya grandeza se desvanece en la vaguedad del recuerdo. A semejanza del justo de Sodoma, los pueblos en su peregrinación eterna hacia el ideal, tienen necesidad de volver con frecuencia los ojos hacia atrás para recobrar alientos en la penosa jornada, para retemplar su heroísmo al calor de sus tradiciones tutelares, para es-

tudiar en la historia de su pasado y en el reguero luminoso de sus grandiosos hechos, las corrientes-civilizadoras de los tiempos y el rumbo manifiesto de sus destinos.

Una nacionalidad no es simplemente una agregación humana, en posesión de un territorio definido con un nombre y un lugar en las cartas geográficas, circundada por mares inmensos, surcada por caudalosos ríos, y festoneada de empinadas cordilleras; es ante todo y sobre todo una agregación moral, que ocupa un puesto en la historia del Progreso, que ha colocado su eslabon en la cadena indefinida de la grandeza humana, poblada de tradiciones, con eminencias de heroísmo, y con mares de ideas en que navega instante por instante el pensamiento universal. Sólo cuando las diversas razas, las distintas religiones, las lenguas diferentes, todos los antagonismos menos reales que aparentes que dividen á los hombres, se han fundido en el crisol nacional produciendo la semejanza de aspiraciones, de recuerdos, de ideales; la comunión en el martirio y la comunión en la apoteósis, es cuando puede decirse que un pueblo comienza á vivir la vida palpitante de la nacionalidad; solo entonces es cuando puede decirse que ese pueblo ha llegado á la mayor edad, y es capaz por lo mismo de incubar en su seno pensamientos colosales y trascendentes, de producir esos portentosos hechos de virilidad y heroísmo que el Arte eterniza en el mármol, y que la mano de la Historia inscribe con caracteres de oro en los anales del tiempo. Maraton, Platea, Salamina, Las Termópilas, son la brillante ejecutoria de la nacionalidad Helénica; las guerras púnicas, la conquista de todo el mundo conocido; ese ruido confuso de las águilas del Imperio al tender sus alas por los confines de la tierra, denuncian la cohesión de la nacionalidad romana; ocho siglos de epopeya inaudita y de patriotismo sin ejemplo, marcan la aureola de la grandeza ibérica; en todos los tiempos y en todas las latitudes del planeta, los rasgos inmortales que se subrayan en la con-

ciencia de las generaciones, son el exponente de esa concreción madre-pórica, de esa germinación lenta y silenciosa que se opera al traves de los siglos, de esa evolución superorgánica que se llama una *nacionalidad*.

Costa Rica ha probado ante el mundo que ha llegado ya á este grado de desarrollo evolutivo: Una verdadera irrupción de bárbaros se ha derramado sobre la América Central; monstruosos, feroces, incontrastables, sedientos de esterminio y de sangre; su bandera no tiene ninguna enseña y sólo campea en ella la pùrpura humeante de los combates; su frente no se ilumina con el clarear crepuscular de ningun ideal generoso, ni su alma se conmueve ante los profundos estremecimientos de la inteligencia investigadora; no llevan como Alejandro á la decrepita civilización oriental, un horizonte nuevo para sus pensadores, una nueva cuerda para su lira abandonada, una savia nueva para su tronco carcomido, un nuevo Dios para sus altares desiertos, no; son los heraldos del pasado, los obreros sombríos del progreso. La esclavitud, esa vergüenza para el género humano, ese engendro de la noche, esa rémora del trabajo, ese aniquilamiento de la industria, esa aberración económica y moral; he ahí lo que ellos buscan resucitar en todo el continente americano. Condenado por la civilización, perseguido, repudiado y escarnecido en el norte de la Unión, esos traficantes de carne humana, traen en la punta de sus bayonetas aquel fantasma de la iniquidad para implantarlo en el suelo de Colón, de donde había sido arrancado por la voluntad soberana de la República. Hubiesen triunfado ellos en Centro-américa, y la obra de medio siglo de luchas y sacrificios habría venido á tierra, y la sombra habría invadido la conciencia, la tiranía al solio, al altar la intolerancia fanática, y la ignominia de la cadena á la dignidad ciudadana.

Empero, como el proceloso océano, el Progreso no se detiene jamás: la ola de la barbarie, encontró de repente á

su paso inexpugnable muro de granito. Fué Costa Rica, que voló presurosa á los campos de batalla, centinela avanzado de todo un continente, dió la voz de alarma, y al arrojar al mar los restos sangrientos de los conculcadores de Nicaragua, enseña á todos los pueblos de la tierra que la Nacionalidad Centro-americana, es un fenómeno sociológico, un hecho histórico consumado, y que todos los vientos de la noche no podrán apagar ya, el fanal de libertad prendido por la mano de la Democracia sobre la nivea cima de sus volcanes.

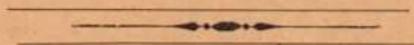
Ni debemos siquiera localizar la trascendencia de aquellos sucesos á sólo la América Central. En las grandes corrientes de la historia, en las entrañas embrionarias de la sociedad endonde se elabora el porvenir de los pueblos, todo se unifica y eslabona produciendo por la colaboración del esfuerzo, la continuidad del progreso, y la aurora sin ocaso en el horizonte de las ideas. Así mirada desde aquella altura, desde el punto de vista de la Humanidad unificada en el tiempo y en el espacio, á la luz de la Filosofía de la historia, y en relación con el espíritu del siglo, la guerra contra los filibusteros es la consecuencia lógica de la guerra de la independencia americana; un corolario obligado de la Gran Revolución francesa que murmuró, la primera, á los oídos del siervo la palabra *derecho*; un rayo desprendido de la hornaza, en que, como la zarza bíblica arde perpetuamente el pensamiento humano. Las sombras de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de todos los grandes batalladores de la guerra magna; se adelantan en el proscenio de los siglos para saludar á Juan Rafael Mora, su glorioso continuador y su ejecutor testamentario. Oh! qué espectáculo, tan solemne es ese desfile de colosos, esa marcha triunfal de titanes, esa vía láctea de génios que, dándose unos á otros la sagrada consigna, se duermen en el Panteón de la gloria, con el sueño tranquilo de los héroes, para

despertar al día siguiente en la Inmortalidad y en la Apoteosis.

La fiesta que se celebra ahora no es pues una fiesta costarricense ni siquiera Centro-americana: es una fiesta continental, como que fué la confirmación espléndida de la madurez y de la vitalidad de la Democracia en América.

San José, Setiembre de 1895.

F. R. C.



# BATALLA DE SANTA ROSA.

(20 DE MARZO DE 1856.)

---

La metrópoli costarrisense, contempló en la tarde del día 3 de Marzo de 1856 un espectáculo conmovedor; alumbrado por los trémulos rayos del sol poniente, en medio de las nieblas grises que forman el atavio nocturno de la simpática ciudad; al bélico son de los tambores y cornetas, el ejército reivindicador de la patria Centro-americana, de biendo marchar al día siguiente al encuentro de los filibusteros que al mando de William Walker, se habían incautado del territorio de Nicaragua, se formaba en la plaza principal. Los colores emblemáticos de la bandera nacional, ondeando cadenciosos al soplo de la brisa vespertina; manos suplicantes invocando para los que van á partir la protección del Dios de los ejércitos; las lágrimas asomando á todos los ojos, la ansiedad pintándose en todos los semblantes; ese adiós melancólico á los que se van que contiene toda la desesperación de la ausencia unida á toda la vaguedad de la esperanza. Tal era el conjunto de aquella escena inolvidable, y por sobre todo esto flotando como misterioso efluvio, cierto rumor de entusiasmo, la irrevocable aceptación patriótica del sacrificio en aras de algo grande y perdurable que se impone por encima de los intereses

transitorios de la vida; el deslumbramiento producido por el levante de un astro nuevo en el cielo del derecho; la atracción irresistible que ejercen en el espíritu todas las fuerzas desconocidas que germinan en el polo magnético del ideal eterno. . . . .

Mirad! allí están todos rodeando con sus pechos el lábaro nacional. El Congreso de la República ha ordenado hacer guerra sin tregua al invasor, y esa orden es ya una ley; el Presidente de la República ha manifestado su deseo de mandar en persona las huestes reivindicadoras y ese deseo es una garantía. El Obispo de Costa Rica en arenga al pueblo y al ejército les habla de su religión profanada, de sus hogares amenazados, de sus creencias, sus tradiciones, sus afectos, todo lo mas caro que el hombre tiene sobre la tierra, conculcado con ignominia, y este recuerdo inflama las sagradas cóleras del patriotismo.

Qué marchen!

Madres, esposas, hijas, estancad en vuestros ojos el llanto, contened el acelerado latido de vuestros corazones, y colocad en el pecho de vuestros esposos é hijos la irisada escarapela de la República. Así las matronas de Lacedemonia prendían á los suyos el escudo que debía volver cubierto con los laureles del triunfo, ó servir de almohada al guerrero en el sueño de la tumba.

Ellos van á desafiar la muerte, es verdad; van á ofrecer su pecho desnudo á la metralla, á salir al encuentro de las balas, es cierto. Cuántos besarán en este momento por la postrera vez las rosadas mejillas del tierno infante que juega indiferente sobre el seno materno! cuántos habrán estrechado entre sus brazos convulsivos á la amante esposa, en cuyos ojos no volverán á mirar ya la reverberación infinita del alma enamorada en sus inefables trasportes! y, cuántos se adormecen soñando con las fruiciones de la gloria, que mañana verán tal vez apagarse para siempre, ese sol que ahora brilla sobre sus cabezas y que en medio del

estertor de la agonía, sentirán sobre sus labios cárdenos el beso helado de la muerte, abandonados sobre el cesped ensangrentado! Pero todo eso van á afrontarlo por la Patria, y ante el altar de la Patria no debe esquivarse ninguna ofrenda, ni aun el reposo, ni aun la fortuna, ni aun la propia existencia.

Patria! Patria! palabra sacrosanta! cuán dulce resuena tu nombre en los oídos del hombre! Tú inspiras su valor al soldado, sus cantos al poeta, su fé al apóstol, su abnegación al mártir, y al Génio sus creaciones eternas. Tú alientas al espíritu cuando decae en la lucha terrible de la vida; le das las alas con que se cierne en los espacios del ideal; tú endulzas la cicuta de Sócrates y dirijes el puñal de Bruto; tú prendes en el cerebro la chispa de la ambición y caldeas el alma en la fragua de tus grandezas; en tus pechos de bronce tú amamantas á los héroes: allí bebieron los Gracos, Leónidas, Washington, John Brown; allí también Bolívar y Páez; tú eres la que enseñas á deletrear en el silabario de la inmortalidad esta palabra: SACRIFICIO. Allí la aprendió Juana de Arco, allí la estudió Kosiousko, allí la balbuceó Policarpa Salabarrieta. . . . Bendita seas! Cómo no amarte si tú sintetizas nuestro pasado, nuestro presente, nuestro porvenir? ¡Cómo no defenderte si este corazón que ama, si este espíritu que sueña, si este cerebro que piensa, por tí alientan y por tí palpitan?

Y es la Patria la que gime, y es la madre la que se lamenta bajo la férrea bota del extranjero!

Qué marchen! qué marchen pues. No haya una voz que se levante para desviar la corriente del patriotismo, no haya una nota discordante en el himno de redención que el pueblo entona en los altares del derecho.

Soldados de Costa Rica, centinelas de la democracia, vengadores de la iniquidad, adios! Que el ángel de los combates arme vuestros brazos, que el santo amor de la Patria escude vuestros pechos, que la diosa de la Victoria siempre

de laureles vuestro camino, y os abra de par en par las áureas puertas del templo de la Gloria.

## II.

Allí Santa Rosa está..... Detente caminante que vas á penetrar en ese pedazo de tierra consagrado por el recuerdo, en que yacen los manes ilustres de los redentores de la Patria; ¡sacude el polvo de tus sandalias, porque tus plantas van á hollar un osario épico: esta tierra ha sido bautizada con sangre de libertadores; aquí han agonizado colosos ¡los ecos hoy dormidos de esas cumbres azuladas, despertaron otro tiempo al estampido del cañón, y al clamoreo jubiloso del combate. Aquí se siente algo de ese silencio trágico que invade todos los lugares en que la humanidad ha sufrido y derramado su sangre; cada planta, cada arbusto guarda una tradición; cada hoja de yerba es un mudo testigo de la catástrofe. Ese mismo sol que ahora derrama sus rayos sobre esa vegetación lasciva y dora en su tallo la rubia espiga del trabajo, alumbró el 20 de Marzo de 1856 espantosa escena de carnicería y de muerte. Arrastrados por la mano ciega de la fatalidad; empujados por la misteriosa sacudida de ese algo divino que teje los hilos del destino humano, dos ejércitos que mutuamente se buscan sin encontrarse, van á librar allí el pavoroso pugilato de las batallas. La tempestad había arrojado sobre aquel estrecho campo dos nubes cargadas de electricidades contrarias. Cómo? Nadie puede saberlo. Diríase que la misma ley que regula las atracciones y repulsiones en las borrascas atmosféricas, preside también las repulsiones y atracciones en la tormenta desencadenada de los odios y de las iras humanas.

Desde Liberia, endonde había hecho alto el ejército reivindicador de Costa Rica para integrarse con las fuerzas que en la provincia de Moracia [hoy Guanacaste] había le-

vantado el intrépido general Cañas; el ciudadano Presidente de la República, general Juan Rafael Mora, destacó la vanguardia del ejército, camino de Nicaragua, á las órdenes de su hermano, General José Joaquín Mora, que debía cubrirse de merecida gloria en el memorable campo de Santa Rosa.

Casi al propio tiempo William Walker, el célebre aventurero, el *condottieri* del siglo XIX, á quien la traición y el engaño habían hecho árbitro de los destinos de Nicaragua, con previsiva celeridad, y con arrojo dignos de mejor objeto, despachaba á su lugarteniente Schlessinger al frente de 400 hombres para que, invadiendo el territorio de Costa Rica por la Moracia, hostilizase al ejército costarricense dentro de su propio territorio, trayendo así la guerra con todos los horrores con que ellos acostumbraban hacerla, al corazón mismo de la altiva República.

Golpe de audacia, asombrosa é inaudita osadía, que si hubiera sido coronada por el éxito, tal como la concibió el audaz aventurero, habría comprometido el resultado de toda la campaña y con ella la libertad en el sur del continente.

Por fortuna las leyes éticas que en el estadio de la historia presiden las grandes transformaciones de la humanidad, llevan en sí mismas, como toda ley natural, la severa sanción de sus transgresiones, y en el limbo de los destinos de nuestra raza, se agitaba ya, en el estado de gigantesco feto, perceptible solo á la mirada escrutadora y serena del pensador y del vidente, el desenlace final y justiciero de aquella grandiosa epopeya.

Ni las ventajas de la posición, pues, habiéndose anticipado Schlessinger tuvo tiempo de ocupar los contrafuertes y colinas que rodean la hacienda de Santa Rosa, así como las casas y corrales de la misma hacienda; ni la decantada superioridad del ejército invasor, forma d<sup>o</sup>

de veteranos acostumbrados a las fatigas del soldado, educados en las escuelas militares de la vieja Europa, ó en las campañas continentales de la Unión Americana; ni el insólito orgullo de esa absorbente raza que se crée llamada á dominar el mundo; ni el descanso relativo de sus tropas, ni el indisputable valor con que combatieron algunos de sus capitanes, fueron parte á evitar la mas vergonzosa derrota, sin ejemplo en la historia de los ejércitos americanos, como enérgicamente lo confiesa el mismo Walker en la estupefacción que aquel acontecimiento llevara á su ánimo esforzado.

En la noche del 19 de Marzo Schlessinger había ocapado la hacienda de Santa Rosa, y en las primeras horas de la mañana del 20 se reconoció el campamento para tomar posiciones. Rudler con una compañía de rifles ocuparía el corral de la casa principal, é impediría desde allí que los americanos fuesen flanqueados en caso de ataque; una compañía francesa á órdenes de Legeay, comprometida la acción, debía desfilar en silencio y ocupar uno de los cerros vecinos que dominan la hacienda; igual movimiento debía verificar una compañía de tiradores alemanes al mando del titulado Capitán Prange; Creyton y O' Neal debían defender el ala izquierda de la casa principal, en donde se encontraba atrincherado el resto de los combatientes.

A pesar de todo, Schlessinger, á quien se dá el título de Coronel, no esperaba en la posibilidad de un ataque por parte de las fuerzas costarricenses de cuya proximidad no tenia la menor noticia. De repente, á eso de las tres de la tarde, el General José Joaquín Mora, al frente de la vanguardia reivindicadora, apareció formidable y amenazador sobre los cerros que dominan el llano de Santa Rosa. Con una mirada recorrió todo el campamento enemigo, y con la precisión

del ariete, con la impetuosidad incontrastable del alud que baja de las alturas, al frente de sus quinientos compañeros, cayó sobre el campamento de los filibusteros, con un arrojociego, semisalvaje, casi pudiera decirse feroz, que hace pensar en aquellos combates sin esperanza, que ensangrentaron la tierra, vírgen todavía, en la mañana de los tiempos, y que sobrecojen el espíritu cuando recorre con la evocación y el recuerdo los brumosos horizontes de la edad prehistórica.

Críticos sedentarios y fríos encuentran en el silencio del gabinete, que el vencedor de Santa Rosa, carecía de conocimientos militares, que comprometió el combate á la descubierta, en circunstancias desventajosas para los suyos, cuando con movimientos mas ó ménos estratégicos hubiera podido desbaratar á sus adversarios mas eficazmente.

Palabras! palabras! palabras! como diría el gran trágico inglés. Es la eterna historia de la grandeza vista á través del prisma del egoismo y de las pasiones contemporáneas; Zoilo envidiando á Homero, Pope delirando contra Shakespeare; la lógica de los que deslumbrados por el ígneo resplandor de los astros rutilantes, no ven sino sus manchas; la lucha secular del polvo con el ala, de lo que se arrastra por el limo contra lo que se levanta sobre la cúpula estrellada del firmamento.

La guerra no tiene mas regla que vencer. Todos los preceptos de la escuela clásica, no han formado jamás un Alejandro, un Bonaparte, un Aníbal; el valor no puede encerrarse como un sistema en los estrechos límites de un compendio. Id á imponer leyes al Océano. El peligro es como el abismo: embriaga y atrae; una especie de fascinación, de delirio, de vértigo, pasa á través de los héroes en el momento trágico, y los trans-

forma, y desde ese instante ya no obedecen plan preconcebido, cruzan por entre los acontecimientos de la lucha, como enajenados, sonámbulos del sueño de la gloria, con las manos ocupadas en algo terrible, y el espíritu fijo en no sé qué blancura deslumbradora que divisan en el fondo oscuro del infinito.

¿Desde cuándo se han necesitado títulos académicos para defender la Patria? El valor y el desprecio de la muerte no tienen nada que ver con los diplomas de la Escuela politécnica. Tachad entónces de inepto á Córdoba, á Ricaurte, á Páez: ellos desconocían el arte de la guerra, pero sabían vencer y desafiar con heroicidad la muerte en los campos de batalla. Para los que apreciamos el valor de los actos humanos por sus resultados, José Joaquín Mora atacó al ejército filibustero en el lugar y tiempo oportunos, su triunfo lo coloca al lado de los grandes batalladores de la libertad, y así como la proyección de los cuerpos aumenta á medida que el sol se va hundiendo en el ocaso, la talla moral del héroe costarricense se agranda, se dilata en la historia, á medida que se va alejando de nosotros, y que la labor verificadora de los tiempos, va depurando su memoria de la injusticia de los contemporáneos y de la sombra de las preocupaciones.

Aquel ataque exabrupto debió producir el espanto en las filas de los invasores: ellos estaban acostumbrados á pelear en luchas regulares, de movimientos estudiados, de maniobras casi previstas; jamás habían visto delante de sí, despeñándose airado, el torrente revolucionario, ni escuchado la voz vengadora de la tempestad humana, imponente y grandiosa, como la voz de Dios. Un momento ensordeció los espacios el espantoso clamoreo, el estrépito de las descargas mezclado de imprecaciones y alaridos que se levantaban

hasta los cielos como el sordo rumor del abismo; densa nube de humo envolvió á los combatientes, y en la penumbra de aquella sombra sangrienta, percibíase algo como el jadeante estertor de cíclopes soterrados por titanes. Cuando el soplo del viento desgarró la negra humareda, pudo verse el cuadro pavorosamente trágico de aquella hecatombe: parapetados en la casa principal de la hacienda, atrincherados detrás de las cercas de piedras del corral, desplegados hácia el ala izquierda de la casa, aquellos soldados de la Falange desordenados, confusos, aturridos, estupefactos, sin jefe, porque Schlessinger no parecía, se esforzaban todavía en detener la corriente de la derrota y parar aquel inmenso desastre.

Allí Rudler con su valiente compañía de rifleros, se batía como acosada fiera con la impotencia de la desesperación; O' Neal y Johnson furiosos y avergonzados, arengaban á sus soldados, los detenían, los insultaban para hacerlos entrar en combate; pero el pánico de la sorpresa se había apoderado de ellos, el desquiciamiento, el deshuelo fué inevitable, y la fuga se declaró en el mayor desórden. Cuán grande, cuán invencible es un pueblo que lucha por la integridad de sus derechos! Cuando el ejército costarricense apareció en las alturas de Santa Rosa, el enemigo midió con terror toda la enormidad de su atentado; creyó ver levantarse ante su vista, la protesta vigorosa de la Revolución contra aquella galvanización del pasado; creyó distinguir cabalgando sobre el huracán, armado con la espada de fuego del arcángel vengador, al Génio de la América libre, llevando todavía en sus manos las cadenas hechas pedazos de tres siglos de servidumbre, y retrocedió amedrentado. El ataque fué por otra parte gigantesco; diríase una tromba atacada por el torbellino; el cáos herido por el rayo; la caída de los espíritus rebeldes abismándose en la negrura eterna, fulminados por la inexorable é infi-

nita justicia. Hubo allí algo semejante al último cuadro de Ayacucho; José Joaquín Mora había vuelto á encontrar. después de medio siglo, la célebre orden de Córdoba: "Paso de vencedores! y á la carga!" y en efecto después de los primeros disparos, los costarricenses se precipitaron á bayoneta calada sobre los invasores, anhelosos de dar pronto fin á la contienda. El jefe inmediato de la división, Coronel Lorenzo Salazar, que había recibido el plan de ataque del mismo General Mora, dió orden de cortar la retirada á los americanos, lo cual podía conseguirse haciendo un movimiento estratégico de flanco por los lindes del bosque, hasta colocarse detrás de la casa ocupada por ellos, y encomendó esta operación al intrépido Capitán José María Gutiérrez quien partió inmediatamente. En seguida el Coronel Salazar con el resto de su gente atacó de lleno por el frente, por el flanco y por el fondo la casa, los corrales y el ala izquierda del enemigo.

Y aquí cabe abrir un paréntesis para admirar á uno de esos héroes oscuros, predestinados sublimes á quienes el cataclismo revolucionario elige al acaso entre la multitud sin nombre, retempla su espíritu en la fragua del patriotismo, y los arroja luego al gran escenario de la humanidad para representar por un momento la mas alta expresión del heroísmo; efímeros meteoros de la historia que brillan apenas al hundirse en las sombras, pero que no por eso son menos dignos de la gratitud nacional, ni de las bendiciones de la posteridad: José María Gutiérrez á quien acabamos de dejar en camino para cortar la retirada á los americanos, se percibe de repente de que en la casa principal de la hacienda se encarnizaba el combate de una manera terrible, y sin meditar en lo que hacía, por una especie de acción refleja inconsciente embriagado por la voluptuosidad de la muerte, rompiendo su consigna, rebelándose contra la disciplina, se precipita sobre aquella casa fatal con toda su compañía. El enemigo sintió el choque, la co-

laboración de una fuerza nueva; el empuje ciclópeo de aquella avalancha lo hizo trepidar en su inexpugnable posición. A él se debió principalmente el triunfo; pero herido mortalmente en el momento decisivo en que el enemigo espantado de su bravura huía despavorido, José María Gutiérrez espiraba como el héroe tebano escuchando las dianas sonoras de la victoria. Semejante á aquel noble escocés que se hizo matar porque las tradiciones de su familia aseguraban que muerto un Douglas ganaría una batalla, José María Gutiérrez sacrificó su vida excediéndose, si cabe, en el cumplimiento del deber, por salvar al ejército y á la Pátria. Testigos presenciales dicen haber visto estereotipada en sus labios melancólica sonrisa, que, sorprendida por la muerte, no había tenido tiempo de desvanecerse, y que sus ojos desmesuradamente abiertos, miraban al cielo, como buscando en la vaguedad de lo desconocido la confirmación de la justicia de sus truncados ideales.

El invasor abandonó el campo. Los valerosos soldados del ejército de Costa Rica habían cosechado los primeros laureles que iban á engalanar sus frentes en aquella campaña inolvidable. José Joaquín Mora, el guerrero inmaculado, el Sucre de la independencia centro americana, había puesto su mano en el pomo de la espada fulgurante de las victorias. La musa de la historia abría complacida la página de los Libertadores para inscribir nombres augustos.... Pero ay! el suelo vírgen de la Pátria había sido fecundado con la sangre de sus hijos mas amados, sacrificio necesario pero doloroso, desgarrador recuerdo, tributo prístino de la jóven República en la hecatombe de la libertad humana.

Para cohonestar su derrota, los soldados de la falange Walkeriana hablaron de la severa disciplina, de la actitud solemne y serena del ejército de Costa Rica en medio del fragor del combate. En honor de la verdad debemos confesar que aquella aseveración no es fielmente exacta: un

ejército improvisado, formado de campesinos, de labradores y pacíficos ciudadanos que habían abandonado la reja y el arado para empuñar el fusil, debía naturalmente carecer de todas las cualidades que dá la educación militar, la disciplina, el hábito de la obediencia pasiva, y los cálculos de la estrategia. pero por esto principalmente su triunfo resulta admirable. Lo que venció á los americanos en Santa Rosa no fué el número, que era poco mas ó menos igual; no fué la posición, cuyas reconocidas ventajas estaban de su parte; no fué ni siquiera la sorpresa, por que fácilmente hubieran podido reponerse, fué la idea; la grandeza moral del objeto; la voluntad indeclinable de algo mas grande que el hombre que interviene en los acontecimientos humanos, determinando el rumbo armonioso de su nave, apesar de los escollos, no obstante los abismos y á despecho de los contrarios vientos, hácia la playa radiosa de la verdad absoluta.

En la batalla de Walmy el ejército prusiano del Gran Federico, el mas aguerrido que ha visto la Europa moderna fué batido por los pilluelos de las calles de París enviados por la Convención para defender las fronteras de la Francia. En la noche que siguió á aquella derrota, Goethe, el gran poeta Alemán, que se hallaba entre los ~~vencedores~~, *id* meditaba en aquellos increíbles sucesos que nadie hubiera osado prever y que estaban allí imponiéndose á la convicción con la severa majestad de los hechos cumplidos. Uno de sus compañeros de armas se acercó al poeta é interrumpiendo su meditación: “¿Qué juzga usted, le dijo, de lo que acaba de pasar?”—Juzgo, le contestó el pensador, que el mundo antiguo se desploma, y que estamos asistiendo al ancimiento de una idea nueva, al orto esplendoroso de un nuevo sol que hoy se ha levantado en los horizontes morales de la humanidad.

# BATALLA DE RIVAS.

(11 DE ABRIL DE 1856.)

---

Es un fenómeno sorprendente, digno por lo mismo de fijar la atención de los pensadores, el hecho de que en las épocas de prueba, cuando tambalean los sistemas, cuando los imperios se desploman, cuando vientos tempestuosos cargados con todas las emanaciones del porvenir, azotan las sienes angustiadas de los reformadores, en esos períodos genésicos, en medio de las convulsiones, al calor del vivac, es también cuando el corazón se ensancha y se compenetra de los mas bellos sentimientos de altruismo; cuando la mente se ilumina y comprende la universalidad del destino humano, sin distinción de fronteras, de religiones, de razas. Es que entónces aparece la labor humana sin solución de continuidad en el tiempo; se distinguen las generaciones sucediéndose unas á otras como las olas inmensas de un mar eterno, colaboradoras en una obra siempre por acabar, vése á la humanidad entera avanzando hácia su meta final; bajo la mirada imponente de Dios, cayendo y levantando, envuelta en la túnica de los dolores, despedazada la planta por las espinas del camino y la frente hundida en las constelaciones infinitas. Sublime peregrinación! . . . . . Y el espíritu sacudido, inmutado ante el misterio del universo moral abre sus senos á la fraternidad y al amor.

De ahí que todas las grandes palabras de consuelo, todos los movimientos levantados del espíritu, las aspiraciones utópicas al bien extemporáneo, las generosas desesperaciones del alma ante el progreso extático, han surgido del

seno mismo de las catástrofes, de entre el polvo de las demoliciones, sobre el pavés de las escombradas necrópolis. Los decálogos no descienden sino de lo alto de los Sinaís en ignición, entre los fragorosos resplandores del rayo; los Evangelios eternos vienen enclavados en las cruces del martirio, y á veces todavía la esponja de la ingratitud humedece los labios de los redentores abnegados.

Juan Rafael Mora, el fantástico campeón del derecho centro-americano, fiel á esa ley de dualismo universal, es la mas alta personificación de la justicia, porque como ha dicho el sabio: "no toda la justicia está en el perdón;" fué inexorable con sus enemigos que eran los enemigos de la Patria; pero así mismo, no ha habido un solo hombre público en estos últimos tiempos, que haya sentido como él en su corazón y en su cerebro las fecundas palpitaciones del cerebro y del corazón de Centro América. Nuevo Bolívar, por un lado levanta diques á las olas tumultuosas de la barbarie declarando guerra sin cuartel al invasor extranjero, y por otro, descubre cause ancho y profundo á la corriente de la fraternidad, abriendo los brazos á todos los centro-americanos que anhelen fundirse en la gran marmita de la Patria común. Al pisar el suelo de Nicaragua pronuncia palabras tan grandes que son su eterno pedestal moral, acentos de amor tan profundos que no se habían escuchado antes ni se han oído después en la historia, y que vivirán mientras aliente el elocuente verbo humano, mientras haya un labio que pronuncie, y un corazón que sienta esta sublime trilogía: *Libertad, Igualdad, Fraternidad*.

"Nicaragüences" les dice: "Desde el seno de nuestras pacíficas montañas hemos oído vuestros congojosos lamentos.".....

"Habeis llamado á vuestros hermanos. Vuestros hermanos todos rodean vuestras fronteras y avanzan para libertaros de esa Falange traidora. Combatimos por vuestra

salvación. Después del triunfo, paz, unión, justicia y libertad para vosotros y para todos."

La historia no tiene nada mas épicamente conmovedor, ni el lirismo patriótico de la Marsellesa, ni el gemido desgarrador que lanza la Grecia moderna en su lucha de emancipación contra el imperio de Bizancio, ni siquiera la melancólica evocación al hogar que entonan los compañeros de Ulises Grant al atravesar las turbias ondas del Misissipi:

Yust before batle mother  
We are thinking of you  
Farewell father, mother, sister  
We are thinking of you."

Nada hay comparable por la abnegacion y universalidad, á ese grito de esperanza y de resurrección pronunciado á los oídos de una nación esclavizada.

El pueblo de Nicaragua contestó al reclamo de sus libertadores con la mas entusiasta aprobacion, endonde quiera que las bayonetas extranjeras no cohibían la libre expresion del sentimiento popular. Así sucedió en San Juan del Sur, de donde el Gobernador huyó dejando abandonada la plaza que inmediatamente fué ocupada por los costarricenses; así sucedió en Rivas, la patriótica Rivas, que abandonada por Byron Cole, abrió sus puertas jubilosa á los que venían predicando la buena nueva de la redención. La batalla de Santa Rosa y la generosa proclama del Presidente Mora, allanaron el camino al ejército de Costa Rica, que ocupó todo el Departamento del mediodía, en tanto que las iuerzas invasoras se concentraban hácia el norte.

Afrontamos ahora un período crítico en la campaña de Nicaragua, que puso á prueba la perseverancia y el valor moral de las huestes libertadoras de Costa Rica. La liberación de Nicaragua era una empresa trascendental para todos los Estados Centro-americanos. El Presidente Mora

había confiado, y así lo expresa en su proclama á los nicaragüenses, en la colaboración natural de las repúblicas hermanas; pero en un principio por desgracia, no sucedió así: Carrera en Guatemala, y Guardiola en Honduras, permanecieron inactivos, preocupándose más de intestinos temores, que de llevar su contingente á la obra de la independencia común; el Salvador prometía un auxilio que se hacía también esperar demasiado. El presidente de Costa Rica se encontró pues solo, en frente de un enemigo poderoso, avesado á los combates, con toda la terquedad de la obsesión, con el ímpetu salvaje de los apetitos no saciados; detrás de ese terrible competidor, se esbozaba la silueta enorme del coloso del norte, que, según todas las opiniones contemporáneas, alentaba en secreto los planes proditorios del aventurero esclavócrata. Mora como Aníbal, como Alejandro, como César, como todos los grandes luchadores que deslumbrados por la gloria han traspuesto las fronteras de la Patria, dejaba tras sí un partido hostil que maquinaba en silencio su caída. Pero, y en esto resalta el temple acerado de su gran corazón, y la inflexible rigidez de su carácter espartano, aquel grande hombre no se abatió, y antes bien como Leónidas contestara al rey persa: "*pelearemos en la sombra,*" él al sentirse abandonado por unos, combatido por otros, exclamaba: "así seremos los únicos que cumplamos nuestro deber." Qué importaban las contrariedades? qué el desastre? la posteridad les haría justicia: la nube de la tempestad puede eclipsar efímeramente el astro, pero no empañar el brillo diamantino de su fulgurante aureola.

Empero, este hombre superior iba á medirse con otro que rebasaba también el nivel de las vulgares medianías: el mal tiene también su lógica, la ley de la causalidad cierta en el mundo material es cierta también en el moral, el efecto es semejante á su causa, y por eso la esclavitud, ese

espectro arqueolítico de la edad bárbara, había arrojado de su seno canceroso, para sostenerla en América, un ser excepcional, mezcla de guerrero, de soñador, de hombre de estado, con brillantes cualidades atrofiadas, grietas morales sombrías á través de un carácter impenetrable, corrección escultórica de las facciones sirviendo de cubierta á una alma oscura, lo bello plástico sobre lo ético deforme, la perseverancia, la energía indomable, la voluntad ciega é irresistible: tal era William Walker; monstruosa creación de la sombra; funesta personificación del heroísmo salvaje.

Esos dos hombres representantes de dos antagonismos sociales iban por fin á encontrarse frente á frente. El uno era el pasado con todos sus fantasmas y todas sus iniquidades, el otro el porvenir con todas sus esperanzas y todas sus sonrisas; allí la olocracia con su viejo código de infamias, de tiranías, de usurpaciones, acá la República democrática, llevando en sus manos, la declaración imperecedera de los derechos del hombre. La naturaleza, no había forjado jamás en los moldes de su caprichosa fecundidad, dos seres mas desemejantes. Era la vieja historia eternamente renovada, de los dos opuestos principios que dividen el mundo: la luz y las tinieblas, el amor y el odio, el Oromazes y Arimanes del dualismo oriental de Zoroastro, que iban á librar el combate decisivo sobre las playas de la América.

Nunca tampoco desde la guerra magna de la emancipación, se había manifestado con mas elocuencia, la altiva fiereza atávica de nuestra raza, el sentimiento de la autonomía del hombre y del grupo étnico, producto de una herencia fisiológica, incubada en el organismo americano, durante el milenario prehistórico, y que tres centurias de vasallaje, no habían alcanzado á desalojar de los centros emocionales del espíritu.

En la madrugada del 7 de Abril el Presidente Mora,

que se hallaba en Santa Clara, se movió sobre la plaza de Rivas, pero con la intuición estratégica de los grandes capitanes, pensó en debilitar al enemigo multiplicando sus puntos de ataque, y al efecto destacó sobre San Juan del Sur y La Virgen dos columnas de 300 hombres cada una, al mando de Salvador Mora y Juan Alfaro Ruiz, respectivamente, y él mismo á la cabeza del grueso de sus fuerzas, hizo su entrada triunfal en Rivas á las 10 de la mañana, en medio de vítores y aclamaciones entusiastas.

Desde Granada en donde se habían ido concentrando todos los destacamentos yankees, y á donde el mismo Walker había llegado poco antes, aquel infatigable agitador, se dispuso á atacar la plaza de Rivas, en donde pensaba destrozar por completo el ejército costarricense.

Había en esta presunción del dominador de Nicaragua, algo de fanatismo, una especie de tácita confianza en la complicidad del destino: Rivas había sido para él, una ciudad fáusta, conocía perfectamente su topografía, sus ejércitos victoriosos la habían ocupado en mas de una ocasión; ni un momento dudó pues que aquella jornada iba á agregar un laurel mas á su siniestra corona.

Insensato! los vapores del delirio oscurecían su cerebro, el miraje de su ambición lo cegaba hasta el extremo de no comprender que la Providencia, cansada al fin de sus maldades, había señalado ya con su dedo inexorable la hora de su caída en el reloj de la fatalidad!

Marchó al fin en la mañana del nueve de Abril y á los dos días de una marcha forzada y penosa, en la mañana del once apareció la vanguardia al frente de la ciudad de Rivas, y Walker dispuso hacer alto para aguardar la incorporación del resto del ejército.

Al distinguir las torres de la histórica ciudad, el filibustero debió sentir en su corazón las feroces palpitaciones y la voluptuosa fruición del tigre que mira dormida la inocente presa; la ciudad descansaba en la tranquilidad y en

la confianza, sin que nada hiciera presumir la inminente proximidad del peligro. Un explorador que había sido enviado á reconocer el camino no había regresado. Fué ahorcado por los filibusteros. Nada podía temer pues el Presidente Mora que acaso abría en ese momento su espíritu cristiano á los misteriosos ensueños místicos de embriagadoras esperanzas.

Si alguien en aquel instante de pavorosa expectativa hubiera podido contemplar en la sombra aquellos dos hombres, y penetrar en las ideas que bullían en lo mas hondo de sus cerebros, habría experimentado la sacudida de espanto y de reprobación que se siente viendo la sonrisa de Mefistófeles, detrás del plácido rostro de Margarita, en la tragedia del gran poeta del Rhin.

Incorporada la retaguardia, Walker ordenó el asalto. Hé aquí el plan de combate tal como nos lo ha dejado escrito la pluma misma de aquel feroz soldado: Al frente de cuatro compañías de rifleros el Teniente Coronel Sanders, atacando por el norte, se apoderaría de todas las calles adyacentes á la plaza principal, y asaltaría la casa que en una de dichas calles ocupaba el Presidente Mora, con todo su Estado Mayor: de este modo pensaba Walker que Mora no tendría siquiera tiempo para escapar, y sería hecho prisionero en su propia morada; el Mayor Brewster al frente de tres compañías, verificaría un movimiento paralelo al anterior, atacando por el lado del sur, hasta venir á confluir sobre la misma plaza y apoyar en caso necesario á Sanders; el flanco derecho de los costarricenses sería amenazado por el Coronel Natzmer con el Mayor O'Neal quienes comandaban el batallón segundo de rifleros. Esta sería la columna que serviría de apoyo á Brewster, por lo cual no deberían separarse mucho; el Coronel Fry al frente de varias compañías de infantería ligera, formaba la reserva del ejército. Por último, existía también un batallón de

nativos nicaragüenses que asestaban contra el pecho de sus libertadores [vergonzosa ingratitud!] las bayonetas que debían reservar para los enemigos de la Patria; fueron puestos al mando de un tal Machado, cubano, apóstata de la libertad, y se le dió el encargo de desembocar en la plaza, á la derecha del Coronel Sanders, atravesando un camino por la parte del norte. Este plan se realizó casi en su totalidad.

Quien haya visto el torrente bramador hinchado por las lluvias invernales, descender de breña en breña desde la cima de la montaña, anegar sus escarpadas pendientes y desbordarse por la campiña, con ímpetu irresistible, arrazando cuanto encuentra á su paso, inmenso, colérico y ciego como el destino; quien haya contemplado alguna vez al piélago infinito encrespando sus espumosas olas azotadas por la tempestad y estrellándose furioso contra las acantiladas orillas; ese podrá formarse una idea aproximada del ataque violento de la ciudad de Rivas por los filibusteros Walkerianos: aquel océano viviente llegó rugiendo hasta los arrabales de la ciudad, se arremolinó allí un momento como los círculos móviles de un infierno de cabezas humeantes, luego la ola, la inmensa marea humana continuó subiendo hácia la plaza y el cuartel general de los costarricenses, se derramó por las calles norte y sur y por último invadió la plaza encaramándose en las casas que la circundan. El ataque había sido tan repentino y tan violento que los costarricenses sorprendidos, aturcidos, fulminados, soterrados, aunque con energía, aunque con heroísmo, no pudieron sostenerse y comenzaron á replegarse sobre su cuartel general. Una pieza de artillería montada en una de las calles de la banda septentrional de la ciudad y que defendía la plaza, cayó en poder de los filibusteros, y los costarricenses empeñados una y otra vez en recobrarla, infructuosamente, dejaron el pavimento alfombrado de cadáveres.

Qué horrible cuadro! qué espantosa escena de muerte y desolación!

Los costarricenses rechazados hácia la parte noroeste de la ciudad, se fortificaron en las casas y abriendo trone-  
ras en las paredes y techos, resistieron allí con una bravura sin ejemplo: Numancia no mostró mas heroismo, Zaragoza mas espanto. El gran reducto de Moskowa no fué defendido con mas bizarría: nada faltaba aquí; ni la rabia oceánica de los asaltantes, ni la serenidad espectral de los acometidos. Muerto Quirós, muerto Alvarado, muerto Dengo y con varios oficiales más fuera de combate, Mora tuvo un momento de duda y llamó las fuerzas que estaban en la Virgen y en San Juan del Sur; casi al mismo tiempo Walker se acordaba también de su reserva, lo que prueba que si bien el ataque había sido vigoroso, aquel derroche de fuerza había agotado sus tropas. Ya éstas no avanzaban un solo palmo y durante algunos minutos la victoria pareció indecisa; pero el presidente Mora que mandaba en persona la batalla, conociendo que el ataque decaía, ordenó tomar la ofensiva y secundado activamente por los generales Cañas y José Joaquín Mora abandona sus trincheras y se precipita sobre el campo enemigo.

La batalla toma entónces una nueva faz: los filibusteros de acometedores se tornan acometidos y vacilan, y retroceden. Una columna americana trata de cerrar el paso á los costarricenses y es despedazada por el ejército, que de pronto ve brillar en los cielos la estrella de Santa Rosa y Sardinal.

Machado fué muerto y dispersa su columna de nativos. La caballería á órdenes del Capitan Waters desarzonada. Young Gillis fué muerto, Gay muerto, Huston muerto. El Capitan Breckenridge despedazada la cabeza de un cintarazo estaba fuera de combate.

Hubo allí casas fuertes como en Barcelona, muros

inexpugnables como en Troya, luchas cuerpo á cuerpo como los gladiadores antiguos del Circo Romano.

Como á las tres de la tarde se presentó la columna de la Virgen al mando de Alfaro Ruiz, y el ejército así reforzado atacó definitivamente el templo, los mesones y casas en que se habían refugiado los de Walker y desde donde hacían en las filas de Costa Rica horrorosa carnicería.

Parapetados en aquellos últimos reductos de su efímera conquista, los americanos hacían una resistencia feroz; era el heroísmo de la desesperación, el amor sombrío de la existencia llevado al paroxismo; ya se habían desvanecido las ilusiones, la catástrofe estaba allí palpitante y fatal; pero si los americanos ya no esperaban vencer, podían todavía vender á caro precio sus vidas. No había un soldado ó compañía que se aventurara mas allá de la línea ocupada por los costarricenses, que no fuera destrozado por la metralla que salía de aquellas bocas negras y cavernosas, como el vómito horrible de un monstruo. "El mesón de Guerra" sobre todo hacía estragos; allí estaba Walker, y bien se comprendía por el incesante chisporroteo de rayos que despedía por sus ventanas, claraboyas y troneras; parecía una fiera apocalíptica, un sueño del visionario de Patmos, de hirsutas melenas, coronadas de relámpagos, arrojando la muerte de sus fauces tenebrosas.

Contrariedad terrible! Escollo siniestro arrojado de pronto por la mano de la fatalidad en el camino de la victoria! . . . .

"Hay quien se atreva á poner fuego á esa casa?" preguntó el Jefe. La muerte era tan inminente, el sacrificio tan seguro, que el Jefe mismo no se sintió con valor para imponerlo. Todos callaron; aquellos hombres que habían despreciado tantas veces la muerte; que

habían combatido todo el día, cubiertos de sangre, de sudor y de polvo, jadeantes, magníficos, se miraron unos á otros en silencio y no contestaron. Habríase dicho que hacían no sé que especie de pavoroso escrutinio introspectivo. La misma voz se dejó oír de nuevo: "No hay quien se atreva" . . . . Entónces los mudos testigos de aquella escena de espanto, vieron asombrados un espectáculo fantástico, que mas que del dominio de la historia, y en la categoría de los hechos posibles, parece creado para los fastos de la leyenda, y en el órden de los hechos mitológicos. Un hombre que sale de las filas, un soldado oscuro, un héroe desconocido, un titán anónimo la víspera, escalando entre lenguas de fuego, sobre montones de cadáveres, y espirales de humo, las gradas eternas del templo de los Inmortales. Pero . . . . quién es ese hombre?—Leónidas le abre sus brazos angustos, el caballero d'Assas le saluda, Antonio Ricaurte lo llama hermano" . . . . sí, es su hermano en la gloria, su hermano en la inmortalidad, su hermano en la abnegación, su hermano también en la apoteosis. . . . . Es un predestinado; pertenece al número de los que se sacrifican cuando los otros vacilan, de los que se inmolan para que los otros culminen. "Cuidad de mi madre" fué su única recomendación al tomar en sus manos la tea, y se lanzó sublime en medio de los rayos de aquella tormenta.

Ah! La pluma tiembla en las manos cuando se evoca aquella visión del heroísmo: en una mano el fusil, en la otra la incendiaria tea, atraviesa el palenque ensangrentado en que la muerte bate sus pavorosas alas, la mirada chispeante, erizada la soberbia melena, el paso altivo y firme, con la olímpica magestad de Palas, tal como nos lo representan los grandes artistas clásicos; la tea cae de su mano derecha rota por

la metralla; *Juan Santamaría*, pues que ese es su nombre, se baja y la recoge con la izquierda; las balas silvan al rededor de su frente, pero él no lo nota siquiera; se yergue, avanza, incendia y.....cae!.....cae aquí en la tierra, en la vida finita y ruin, para levantarse en el cielo de la historia, en la vida infinita y esplendorosa.

No recordamos quien ha observado la admirable coincidencia de que todos los héroes se parecen, y es porque es uno mismo el principio que informa sus actos, una misma la voluptuosidad moral que los impulsa al sacrificio. El heroico soldado costarricense, sin saberlo, sin haberlo oído nunca, repite las mismas palabras del héroe helvético en la batalla de Sempach, cuando al precipitarse sobre las picas enemigas esclamaba: "Adelante mis bravos confederados, cuidad de mi mujer y de mis hijos;" pero la grandeza trágica de Juan Santamaría, dadas las circunstancias de tiempo, de educación, de medio y de escenario, eclipsa la figura legendaria de Arnaldo de Winkelried.

Incendiado el "mesón de guerra" el fuego se comunicó á las casas contiguas; el enemigo desalojado cedía en toda la línea; las dianas de la victoria llenaron los aires, y el sol que se hundía enrojecido en los mares de occidente, fue á llevar á otros mundos y á otros hemisferios la fama de la gloria imarcesible cobrada en aquel día por las armas de Costa Rica.

Sólo las sombras de la noche, que silenciosas bajaron sobre la tierra ensangrentada, pudieron salvar á los osados filibusteros de una absoluta destrucción, pero Walker viendo desvanecida su ambición y abatido su orgullo, había recibido una lección elocuente y severa. La aurora del nuevo día sorprendió á la falange americana, huyendo despavorida, amedrentada, pasmada hácia el norte, hácia la ciudad de los lagos.

El día once de Abril de 1856 quedó asegurada la independencia Centro americana; lo que viene después no es mas que la epiléctica convulsión de un moribundo: Walker aliado de la peste, tentando nuevas expediciones, queriendo revivir en los sudistas americanos la confianza que había perdido, nos inspira una lástima melancólica, es un sonámbulo, es un condenado del destino. ¿Quién no vé ya sobre su cabeza suspendida la inflexible y trágica espada de la venganza popular?

En Rivas sintió Walker la incontrastable fuerza del ejército de Costa Rica y comprendió que sólo las disenciones interiores pudieron darle un efímero triunfo en Nicaragua, porque no hay poder humano capaz de vencer á un pueblo unido que empuña en sus manos airadas el arma de la justicia y del derecho.

Homero y Orfeo en la antigüedad clásica cantaron en odas y poemas inmortales las luchas mitológicas de los titanes éhipántropos contra las deidades olímpicas. El mismo Homero nos hace asistir á la destrucción trágica de la soberbia Ilión por las repúblicas de la confederación Helénica, que sometió para siempre la civilización oriental á la hegemonía del occidente europeo. Kípostok bosqueja, y el Tasso nos cincela con el buril del génio las tremendas luchas de los adoradores de Cristo, aquellos cruzados medievales que pugnaban por arrancar del poder Musulmán la urna que había contenido el cuerpo sagrado de Jesús. Milton por último, en ese poema eterno que se llama "El Paraíso perdido" hiere nuestra fantasía y conmueve nuestro corazón con las fantásticas imágenes de las guerras de los Ángeles del Señor, contra los espíritus demoniacos revelados contra su Dios. Todo en ellos es formidable y grandioso. Los combatientes son de naturaleza superhumana: dioses, semidioses, ángeles, inspirados, predestinados, que entran en combate blandiendo armas, y embrázados con escudos que han sido forjados en iraguas divinas. Los hé-

roes luchan envueltos en nubes que los ocultan á la vista de los enemigos, bajo la egida salvadora de los hados inmortales; unos fulminan rayos y disponen de los elementos; otros descujan de sus cimientos para arrojarse recíprocamente sobre sus cabezas excelsas, pedazos de himalaayas y fragmentos de mundos que atruenan el espacio sin límites del vacío.

Pues bien, en la campaña centro-americana, como en todo el vasto campo de los hechos cognocibles, la realidad ha superado á los vaporosos mitos de la imaginación delirante: nada ha ideado Homero, nada ha pensado el Tasso, nada ha soñado Milton que pueda medirse con este gigantesco esfuerzo de la democracia, consumado á la faz del mundo, á la radiosa luz del meridiano, en medio de nuestros bosques seculares.

Y no es que nos ciegue el entusiasmo, no es que estimemos los acontecimientos con dimensiones y colores amplificados por el prisma de nuestra sincera admiración, no; pero decidme, abstracción hecha de toda balanza moral, ¿quién es mas grande, si Aquiles el héroe mimado de la Fortuna, el semidiós invulnerable ahogando entre sus brazos al hijo de Príamo, un simple mortal, ó José Munuel Quirós, rindiendo heroicamente la vida en aquel infierno de trueno que se llama la batalla de Rivas, olvidando sus propias ofensas, deponiendo sus odios, por el cumplimiento sagrado del deber y por la redención de la Patria ultrajada? Los soldados costarricenses no están escudados con las armaduras de Vulcano, y exponen sus pechos desnudos al estrago de la metralla; no han bañado sus cuerpos en las sagradas ondas de la laguna Estigia y no temen sin embargo la muerte de las batallas. no esperan en la protección directa de seres superiores y todo se lo deben al empuje de su heroico brazo y al aliento viril de su alma.

Ah! estas escenas arrebatan el espíritu á otras regiones y á otros tiempos. Involuntariamente acuden á la me-

moria por evocación fatal, nombres venerados para el patriotismo: Bolívar, Ricaurte, Páez.....y piensa uno en aquellos días apocalípticos en que la tierra se estremecía bajo los cascos de los corceles, en que como truenos lejanos retumbaba en el horizonte el cañón de Carabobo y de Junín; y vuelve á ver con los ojos del espíritu la sangre no oreada en las llanuras, la bandera tricolor tremolando desde el Rimac hasta el Funza, y allá en la cima del Chimborazo, mas grande que Alejandro, mas grande que César, mas grande que Bonaparte, tocando con su cabeza el dombo azul del firmamento, la figura titánica del semidiós de América.

Tanto heroísmo reclama ya la consagración del arte pátrio. Cesemos de esperar siempre del extranjero mercenario la representación artística de nuestras grandezas nacionales. La mano indiferente del artista extranjero no se conmueve con el recuerdo, no tiembla con la emoción, no siente el noble orgullo de la gloria heredada, y copia servilmente las carnes muertas de los modelos clásicos de la Grecia. Nosotros que sentimos, nosotros que admiramos, nosotros que vemos reflejadas en nuestra frente las hazañas inmortales de nuestros grandes hombres, somos los que les debemos ese tributo intelectual. Venid pues, oh! poetas, músicos, pintores, escultores...y soltad las alas á la fantasía creadora. Animemos el mármol con la expresión elocuente de la belleza plástica. Robemos al iris sus colores, sus tintes á la aurora, sus opalinos arrebales al ocaso y eternicemos nuestras glorias en el lienzo con la línea y la luz, con la sombra y el colorido; imitemos el bramido de nuestros torrentes, el sordo rumor de nuestros mares, el cadencioso murmullo de nuestras fuentes y condensándolos en la nota inmortal y aérea expliquemos a las generaciones futuras el secreto de nuestra independencia en el lenguaje inefable del ritmo y de la armonía.

Cuánta Iliada inédita aguardando los nuevos Homeros! ¡Cuánto Partenón soberbio duerme su sueño de piedra

en el bloque amorfo esperando los futuros Fídias! Cuánta inexhausta fuente de inspiración y de sentimiento se agita en el limbo de lo increado, esperando ese poderoso *fiat* del espíritu que determina las génesis morales! *Laboremus!!*



# CAPTURA DE LOS VAPORES

EN LA

BAHIA DE GREYTOWN. (1)

[23 DE DICIEMBRE DE 1856]

El carro triunfal de la guerra, estuvo á punto de volcar al tropezar en su marcha victoriosa con el guijarro sombrío de lo imprevisto. La estrella de los libertadores se eclipsaba entre la bruma de la contraria suerte. Nubes siniestras oscurecieron el horizonte de Centro América, y por un momento pareció que la barbarie iba á invadir definitivamente esta región privilegiada del suelo americano.

Extraños designios de la Providencia!

Cuando Mora triunfante, aclamado por los pueblos á quienes redimía, apoyado por tres mil bayonetas, templadas en el calor de los combates, iba á caer sobre Walker, en Granada, á destruir para siempre aquel vestiglo aterrador de Nicaragua, el brazo de Dios lo detiene en su camino y tuerce el rumbo de los acontecimientos. Lo que no había podido hacer todo el ímpetu feroz de la falange Walkeriana, lo consiguió el cólera morbus asiático haciendo irrupción en medio de las tropas costarricenses. El terrible hijo del Ganges visitaba entónces la tierra americana como un soplo de desolación universal, y Mora se vió obligado á emprender precipitadamente su retirada del territorio de Nicaragua.

La inteligencia suprema que dirige los destinos de los pueblos, quiso probablemente que el funesto protector de Nicaragua desarrollara por completo sus nefandos planes,

[1] San Juan del Norte.

Pero Walker no solamente había violado los principios internacionales por medio de la conquista; no solamente había violado los fundamentos inmutables de la moral cristiana por medio de la esclavitud; sino que se encaraba con los poderosos de la tierra, hombres y naciones, y violaba con cinismo la propiedad privada por medio de la confiscación. Esta conducta suscitó contra él el odio de los gobiernos, el odio de los gobernados, el odio en fin de los capitales y de las industrias. Cuán profundamente cierta es la sentencia latina *Quen Deus vul perdere prius dementat*.

El comodoro Vandervilt, el opulento millonario americano, había sido atacado en sus intereses comerciales en Centro América por el filibustero de Nicaragua, y deseando contribuir también á su ruina, puso á disposición del Presidente Mora un hombre audaz, experto y resuelto, que ofrecía conducir las tropas costarricenses por vías extrañadas hasta San Juan del Norte y allí apresar los vapores de la compañía del tránsito, que habiendo sido secuestrados por Walker, le traían constantemente nuevos contingentes de aventureros ávidos de lucro y de expoliaciones.

Hasta ahora los costarricenses habían tenido que luchar contra los hombres, no habían necesitado mas que del valor y el patriotismo para vencer en las batallas; ctra clase de penalidades les aguardaba en esta jornada: en vez de combatir contra sus semejantes con la fuerza del brazo, iban á tener que combatir contra la naturaleza, con la fuerza de la perseverancia; en vez del valor que desafía la muerte, se necesitaba aquí del valor que soporta las penalidades y fatigas, sin lanzar una queja ni renegar de la patria ni desconocer el Código de la disciplina: nueva faz del patriotismo que se llama *conciencia del deber*.

La tierra es el medio viable del hombre, y á ella están confinadas la mayor parte de las manifestaciones de su actividad; en ella el hombre puede moverse libremente, ir, venir, permanecer; qué mucho, pues, que allí donde se siente

soberano impronta la huella de su paso, y cabe el surco profundo de sus hechos?

No sucede lo mismo en el elemento líquido, inconstante y pérfido, como lo llama Shakespeare; el hombre se encuentra allí fuera de su centro de acción, encima el infinito, debajo el abismo, allí lo inescrutable, acá lo ignoto. Es el elemento terrible en que han combatido Doria, Nelson, Juan de Austria, Padilla. Si cuando surcamos tus espumosas crestas en esas poderosas máquinas que ha ideado el ingenio humano rodeado de todas las comodidades posibles, oh mar! eres una cosa espantosa, qué será cuando sin ninguna de esas comodidades, en frágiles y primitivas piraguas nos vemos juguete miserable de tus rabiosas ondas!

El tres de Diciembre de 1856, salía de San José la primera columna de las fuerzas que debían llevar á cabo el plan atrevidísimo, de aislar al invasor Nicaragüense, apoderándose de la vía del tránsito y tomándole los vapores que continuamente le aportaban refuerzos de los esclavistas americanos; de este modo Walker confinado en el interior y sin comunicacion posible con los Estados-Unidos sería irremisiblemente despedazado por los ejércitos aliados de Centro-América.

Las huestes costarricenses se dirigieron por tierra á San Carlos, río tributario del San Juan, adonde llegaron en la mañana del nueve, después de una penosísima marcha. Allí el génio de los costarricenses tuvo que improvisarlo todo en medio de una región despoblada y sin recursos; no había embarcaciones para bajar la corriente de los ríos y se construyeron balsas, y en aquellas embarcaciones embrionarias, flotando á merced de las corrientes y las olas, entumecidos de frío, calados por la lluvia, iban aquellos hombres á acometer una empresa inmensa, la que decidiría por completo los destinos de Centro América, la captura de los vapores de Walker en la bahía de Greytown. Qué milagros los del patriotismo! Nada lo detiene. El aplana las

cordilleras, salva los abismos, tramonta los continentes y atraviesa como Moisés las llanuras traidoras del infinito piélago!

Por donde quiera, las aguas han opuesto siempre obstáculo invencible á los ejércitos de infantería: Dícese de Jerges, que detenido en su expedición á Grecia por las olas del Helesponto, lo mandó azotar por sus quinientos mil soldados; Acbah, el irresistible teniente del Califa árabe, después de haber clavado el estandarte del Profeta sobre los muros de Ménfis, de Alejandría, y de Jerusalem, las tres grandes metrópolis del oriente cristiano, se detuvo un día delante del océano inmenso, y haciendo que su caballo hundiera los cascos en las aguas del Atlántico, exclamó: “¡Gran Dios! si mi marcha no fuera detenida por este mar, yo seguiría hasta los confines del mundo, predicando la unidad de tu nombre y acuchillando las naciones rebeldes que se prosternan ante otros dioses que tú. . . .”

Protestas impotentes! Los soldados costarricenses no castigan inútilmente las ondas, las dominan; no se detienen como el sectario de Mahoma sino que se lanzan á los abismos y los cruzan con la inquebrantable fé con que marchaba Jesús sobre las revueltas espumas del Tiberiades.

Después de haber refecionado algunos pequeños botes que se encontraron en el muelle de Sarapiquí y construido algunas balsas para descender el río, los costarricenses se pusieron en marcha en la mañana del diez y seis.

Nuevas calamidades aguardaban todavía á aquellos modernos argonautas en su aventurada expedición: los botes averiados por el tiempo fracasaban con el peso de su carga sepultando en las aguas tripulaciones y parques; arrebatadas por la impetuosidad de la corriente las balsas se perdían hácia la desembocadura llevándose los víveres, la artillería y otros elementos indispensables, ó se estrellaban rompiendo sus amarras contra las escarpadas orillas.

Nadie hubiera augurado á aquella tentativa, sino el

fracaso mas desconsolador, al ver marchar á los soldados sobre aquellos vehículos incontenibles ó indómitos, semi-desnudos, hambreados, sofocados por el sol inclemente de los trópicos, mas semejantes á los pobladores prehistóricos del continente, bajando tristemente sobre pedazos de madera sus caudalosos ríos aún no explorados, que á hombres civilizados, que combatían por una idea y en cuya mente se agitaban colosales proyectos. ....

Y allá van, lanzados por la palpitación del oleaje, resbalando sobre la blanca espuma, salvando los hervideros de las vorágines, la noche solitaria su confidente, su guía los astros rutilantes que se balancean colgados en el puro zafir de los cielos. Las fieras del bosque y los pájaros del espacio, únicos testigos de aquella marcha, los ven pasar como fantasmas de otra edad, como los manes vengadores de los aborígenes primitivos, perturbados en el sueño de sus huacas por la pesada planta de la gente nueva, que profana sus dólmenes sepulcrales.

El pueblo de La Trinidad, vió arribar á sus playas, aquella extraña flota (esto sucedía el 22 de Diciembre;) la guarnición filibustera que lo custodiaba, cayó en poder de los costarricenses; ni uno sólo logró bajar el río, así era necesario para el secreto de la expedición; y continuaron avanzando. Ya han entrado en las aguas del San Juan; van marchando sigilosamente, interrogando con la mirada los pliegues de la sombra protectora, escuchando todos los murmullos del viento, ó la voz solemne y lejána del océano. Se creería presenciar el desfile silencioso y amenazante de un ejército de tritones, ó de monstruos marinos sorprendidos por el sueño sobre la superficie de las aguas. Ya llegan. La parda silueta de Greytown se destaca entre las brumas del horizonte. Todo duerme, ni una voz se escucha en la ciudad; allí están los vapores columpiándose tranquilamente sobre las olas. Quién hubiera podido prever aquella locura del heroísmo fanático? Aquellas oscuras moles

siguen acercándose á los vapores como un anillo amenazador de témpanos flotantes; ya llegan al abordaje; ya escalan la cubierta; "El Bulwer" ha sido capturado, igual suerte ha cabido al "Morgan" el "Walker" y el "Machuca" caen también en poder de los costarricenses. . . . . Un resplandor purpúreo coloreaba en esos momentos el oriente: era la auro-  
ra del 23 de Diciembre que saludaba la bandera costarricense, erguida y triunfante, sobre lo alto de los mástiles.

La captura de los vapores en Greytown fué el principio de la gloriosa campaña del San Juan.

La historia naval del mundo, está llena de hazañas portentosas; pero recorriendo sus páginas no hemos encontrado nada comparable á esto. Ni Trafalgar con su soberbia hecatombe, ni Lepanto con sus olas teñidas del color de la púrpura, ni Aboukir, ni Maracaibo; nada se parece á este sencillo asalto nocturno de una escuadra, realizado por centauros fabulosos cabalgando sobre las espaldas atormentadas del abismo. Para igualar esta acción necesario sería evocar las proezas eternas del legendario soldado colombiano en las orillas del Apure.

---

La gratitud es sentimiento que enaltece á los individuos y á los pueblos. "Las repúblicas deben ser ingratas" era el axioma político del pasado. Muy otra es la idea patriótica de los pueblos modernos. . . . . Allá en uno de los parques pintorescos de la ciudad Josefina, se destaca cincelado en bronce, grupo emblemático conmemorativo del heroísmo nacional. Costa Rica, la generosa hermana de la familia Centro-americana, nimbada por gloriosa aureola, lanzando de la Patria la invasión traidora y contemplando á sus plantas, con trágica sonrisa, tendida sobre el polvo ensangrentado, á la esclavitud decapitada.

FIN.